

FLUCTUACIONES DE LA CONFIANZA EN TIEMPOS DE GLOBALIZACIÓN Y DE TRANSICIONES SOCIO-POLÍTICAS

Izabela Barlinska *

1. Introducción

El grado de confianza hacia los demás y hacia las instituciones suele ser resultado de la evolución de la experiencia y la memoria colectiva de la sociedad, y de su cultura, que abarca sus ideas y sus convicciones, sus normas y sus valores, y su interpretación de la situación. Pero las diferencias en el nivel de la confianza no dependen solamente de una larga tradición. Pueden ser sensibles a situaciones específicas, que refuerzan o socavan el clima de confianza. En este artículo analizamos, por un lado, los cambios de confianza que trae consigo el proceso de Globalización y, por otro, los efectos complejos del proceso de la transición democrática, y la consiguiente redefinición del Estado-nación que corresponda, sobre los cambios en el caso de uno de los países post-comunistas, Polonia.

Actualmente, en el mundo moderno, se observan continuos cambios, importantes, en el clima de la confianza social, en todas las latitudes. Se nota una disminución de la confianza en varios aspectos de la vida social, tanto en lo relativo a la responsabilidad de las elites políticas e instituciones públicas, como en lo relativo a productos de consumo, servicios y tecnologías. Cabe considerar que existe una relación entre el proceso de Globalización y las circunstancias indispensables para el funcionamiento de la cultura de confianza. Esta cambiante percepción de la confianza que trae la Globalización a escala mundial es el objeto de análisis de la primera parte del artículo.

RESUMEN

En el mundo moderno, se observan continuos cambios en el clima de la confianza social. Se nota una disminución de la confianza en varios aspectos de la vida social, tanto en lo relativo a la responsabilidad de las elites políticas e instituciones públicas, como en lo relativo a productos de consumo, servicios y tecnologías. Cabe considerar que existe una relación entre el proceso de Globalización y el funcionamiento de la cultura de confianza. Con cierto parecido al problema de fluctuación de confianza en el mundo globalizado, aparece el problema de la confianza en los países post-comunistas en los primeros años de su transición hacia la democracia y el sistema de economía de mercado. Al caer el sistema comunista, estos países experimentaron un cambio social rápido, que provocó un trauma social, cuyos síntomas fueron la apatía, la huida de la vida pública, la nostalgia hacia los tiempos pasados, y una crisis de confianza.

ABSTRACT

Continuous changes in the climate of social trust can be observed in the modern world. A decrease of trust is noted in various aspects of social life, such as responsibility of political elites and public institutions, as well consumer goods, services and technology. It is considered that there is a clear relation between the process of globalization and the circumstances indispensable for the functioning of the culture of trust. There is also certain similarity between the problem of trust fluctuation in the globalized world and that in the post-communist countries during the first years of their transition towards democracy and market economy. With the following down of the communist system, those countries experienced a rapid social change which provoked a social trauma reflected in apathy, escape from public life, nostalgia for the past years, and a crisis of trust.

* Doctora en Ciencias Políticas y Sociología por la Universidad Complutense de Madrid, e investigadora asociada de Analistas Socio-Políticos, Gabinete de Estudios.

Con cierto parecido al problema planteado por los procesos de fluctuación de confianza en el mundo globalizado, aparece el problema de la fluctuación de confianza en los países post-comunistas en los primeros años de su transición hacia la democracia y el sistema de economía de mercado. Al caer el sistema comunista, los países de la Europa Central experimentaron un cambio social rápido, radical e inesperado que, de hecho, provocó un trauma social, cuyos síntomas fueron la apatía, la huida de la vida pública, la nostalgia hacia los tiempos pasados y una crisis de confianza. El sentimiento de desconfianza se había acumulado en estos países a lo largo de muchos años de frustraciones y de falsas promesas ofrecidas por el sistema comunista, que nunca se cumplían. Esta falta de confianza acumulada durante el comunismo se manifestó en muchos aspectos y dimensiones de la vida social y dificultó el proceso de la transición tanto política como socio-económica.

En la segunda parte del artículo, nos concentramos en la situación de una de estas sociedades post-comunistas, la sociedad polaca. Al hacerlo observamos cómo una parte del síndrome de desconfianza se debió al legado del régimen comunista, que afectó la mentalidad de la sociedad; pero vemos también que fue, asimismo, el resultado de condiciones de incertidumbre, inseguridad y ambigüedad en la cual se hubo de encontrar la sociedad polaca al caer el régimen comunista, que había estado omnipresente tanto en la vida política como en la vida cotidiana de la sociedad durante cuarenta años.

A lo largo del artículo, observamos que ambos procesos, tanto el de la Globalización como el de la transición política, han traído cambios en la confianza de las sociedades; pero también cómo, con el paso de tiempo, en ambos procesos han ido apareciendo nuevos factores que pueden ser positivos para la reconstrucción de la confianza social.

2. La confianza en tiempos de Globalización

Los sondeos recientes de la opinión pública suelen indicar que la confianza social, en términos generales, está disminuyendo sistemáticamente, incluso en los países más desarrollados y en las democracias más firmes del mundo. Nos referimos a la confianza en relación con varios aspectos de la vida pública, tales como la competencia, la solidez, la honradez, la honestidad, el desinterés y la responsabilidad de las elites políticas, los gobiernos y las instituciones públicas, pero también con productos de consumo, servicios y tecnologías. El resultado de esta creciente desconfianza es que la gente va perdiendo la sensación de certeza y seguridad, estabilidad y continuidad en su vida cotidiana. Las situaciones obvias y previsibles de la vida parecen hacerse más raras y, en consecuencia, crecen la desconfianza, el cinismo, el desasosiego y los temores.

¿Cómo se explican esos cambios de clima social? Se suele considerar que existe una relación entre el proceso de Globalización y las circunstancias indispensables para el funciona-



miento de una cultura de la confianza. La Globalización no es un proceso abstracto, lejano, muy por encima de nosotros, sino que, por el contrario, afecta directamente a nuestras vidas, las relaciones entre las personas y el tejido de la confianza social.

En efecto, la Globalización introduce interacciones más amplias, con muchos y diferentes interlocutores, pero también más superficiales y poco duraderas. Llegamos a conocer cada vez a más personas, pero sabemos cada vez menos sobre ellas, lo que nos impide formar una opinión independiente y mucho menos una sobre el carácter de las personas con las que compartimos algunos campos que tienen importancia para nosotros, por ejemplo, el campo de lo social, lo profesional, lo recreativo o lo religioso.

También la información sobre las personas o instituciones que tienen influencia sobre nuestra vida son cada vez menos directas; nos llegan a través de los medios de comunicación y suelen ser simplificadas, o manipuladas y de estereotipos. Su multiplicidad y sus frecuentes contradicciones, que surgen de una cacofonía de voces u opiniones diferentes, producen una sensación de inseguridad (Tomlinson, 1999).

Además, en una sociedad en proceso de Globalización, el pluralismo cultural se vuelve más intenso y profundo, y aumenta el número de estilos de vida, de formas de ser, de costumbres, modas y gustos. Todos ellos se entrelazan y fluyen en diferentes direcciones por el efecto de la imitación, de la moda o del esnobismo. En esta mezcla, se pierde la función distintiva de las personas, que parecen todas iguales, causando incertidumbre e inhibiciones, lo que contribuye a impedir que otorguemos nuestra confianza a los demás.

2.1. Las cinco condiciones del clima de confianza

De acuerdo con el modelo teórico propuesto por Piotr Sztompka (2007:265-298), cinco circunstancias favorecerían el desarrollo del clima de confianza: 1) la transparencia de la vida pública, de sus formas y sus mecanismos de organización, que serían visibles, claros y fáciles de entender; 2) la familiaridad con el ambiente donde transcurre la vida social, tanto del ambiente natural, tecnológico y cultural, como del étnico o racial; 3) la consistencia normativa de la sociedad, es decir, la coherencia de su sistema de reglas, normas y valores, y una definición precisa de los derechos y deberes relacionados con las distintas funciones sociales; 4) la seguridad de que todos observarán las mismas reglas de juego sociales, porque existen instituciones eficientes e imparciales para controlar e imponer esta conformidad: el arbitraje, el sistema judicial, la justicia, las instituciones de control y las elecciones periódicas, los cuales cuidan de que tanto los ciudadanos como los gobernantes cumplan con su deber, sean fiables y no defrauden la confianza de los demás; y, finalmente, 5) la estabilidad de las instituciones, las organizaciones y las estructuras sociales viables.

Veamos cómo estos cinco factores, que favorecen a la cultura de la confianza, se están debilitando a lo largo del proceso de Globalización, y como consecuencia de él.

a) La transparencia de la vida pública

Los procesos, mecanismos y transformaciones, tanto financieros y económicos como políticos y culturales, que afectan a nuestra vida diaria, no sólo son cada vez más lejanos, sino también cada vez más secretos y menos transparentes (Urry, 2003). Por lo general, ignoramos dónde están, desde dónde fluyen y cómo actúan. Ante las instituciones, organizaciones o redes globales, nuestra capacidad cognitiva, indispensable para juzgar su honestidad, es muy limitada. No tenemos acceso a la información correspondiente. Se ha perdido la transparencia del ambiente que nos rodea, la comprensibilidad de los acontecimientos y los procesos que en él transcurren.

b) La familiaridad

En el espacio global nos encontramos rodeados de consorcios internacionales, de empresas y medios de comunicación globales, de bancos y bolsas globales de valores, de organizaciones internacionales, de grandes movimientos sociales y de redes terroristas u organizaciones mafiosas. La cultura de la confianza se beneficia de la familiaridad, pero en el mundo globalizado hemos perdido ésta última y, en consecuencia, nos sentimos incómodos e inseguros, porque el mundo nos parece ajeno e incomprensible.

c) La consistencia normativa

El siguiente factor que favorece a la cultura de la confianza es la cohesión normativa, la claridad y la compatibilidad entre las normas que rigen para nosotros y para los demás miembros de nuestra sociedad. Dentro de una comunidad, la confianza mutua es tanto mayor cuanto más comunes y generalmente compartidos son los valores fundamentales; la confianza nace cuando la comunidad comparte un conjunto de valores morales, lo cual permite esperar una conducta honesta con regularidad (Fukuyama, 1997). En cambio, con la confusión de valores, estilos de vida, modas, gustos, costumbres, tradiciones, ideas e ideologías a escala global, se va imponiendo un pluralismo axiológico, un relativismo ético y un grado importante de anomia. Se vuelve cada vez más difícil discernir con certeza entre lo bueno y lo malo, lo civilizado y lo bárbaro; y en un programa político, la parte del engaño y de la demagogia. La personas, desprovistas de direcciones éticas, estéticas e ideológicas claras, en un desierto global abierto y mal estructurado, tienen frecuentemente motivos para sentirse inseguras y perdidas (Albrow, 1996).



d) La seguridad que todos observan las normas

Normalmente, fuertes lazos de confianza aparecen en las colectividades exclusivas, muy exigentes y con criterios muy estrictos para pertenecer a ellas, por ejemplo, en las familias y en sectas religiosas, tal vez, en las elites empresariales o en los partidos políticos. En cambio, la participación en el mundo global es libre para todos y la sola presencia en él no garantiza nada, lo cual debilita el principio de confianza mutua. Además, la creciente facilidad para viajar al exterior de la propia comunidad y para emigrar produce situaciones de desarraigo, donde las personas ni ofrecen garantías ni encuentran razón para confiar en los demás. Como resultado de los desplazamientos globales, en el ambiente de nuestra vida cotidiana aparecen cada vez más personas diferentes desde el punto de vista étnico, racial, lingüístico, religioso o cultural. A veces, forman colectividades cerradas, guetos étnicos o enclaves religiosas fundamentalistas. Cultivan su propia forma de vida y manifiestan su desconfianza o incluso su enemistad hacia la mayoría de la sociedad que los rodea. La xenofobia produce a su vez xenofobia, y la desconfianza provoca desconfianza.

e) La estabilidad

Por último, el quinto factor que condiciona la cultura de confianza, la estabilidad de los medios de vida, la permanencia y continuidad de los recursos para nuestra existencia aseguran cierta sensación de lo «normal» y «evidente». En cambio, en el mundo actual, todo nuestro entorno se somete a cambios cada vez más rápidos y sin precedentes. Es difícil, y con frecuencia imposible, prever qué educación resultará un acierto a la hora de entrar en el mercado de trabajo, qué competencias serán útiles, que hábitos tendremos que descartar o qué costumbres desarrollar.

2.2. Nuevos mecanismos y portadores de confianza

Pero, por otra parte, la Globalización, al tiempo que provoca una erosión de confianza a nivel personal y local, crea al mismo tiempo nuevos mecanismos que tienden a recuperar esa confianza en el nuevo plano global. Aparecen nuevos factores portadores de confianza, que dan lugar a su reconstrucción paulatina.

Por ejemplo, han surgido nuevas instituciones supranacionales para vigilar y sancionar todo abuso de la confianza del ciudadano, tales como el Tribunal de Estrasburgo, el de La Haya, los de Luxemburgo y Londres, así como la Interpol, el Consejo de Seguridad de ONU o la Agencia Internacional para la Energía Atómica, así como muchos movimientos y organizaciones para la defensa de los derechos humanos y la democracia. La seguridad y la tranquilidad que esos vigilantes inspiran en la sociedad ayudan a recuperar la confianza.

También es cada vez más clara la demanda de normas universales de conducta. Nos referimos a la amplia aceptación de los derechos del hombre y del trato digno, sin discriminación alguna de las personas, así como a la casi universal aceptación de la democracia como el régimen más perfecto, o incluso el único verdaderamente legítimo. Merecen también mención los numerosos acuerdos internacionales, como el de no proliferación de armamento nuclear, la reducción de arsenales de guerra, o el de prohibición de armas químicas y biológicas.

Asimismo, ha aumentado el número de las organizaciones e instituciones caritativas y filantrópicas que potencian el impulso de confianza. La participación en las actividades filantrópicas suscita la actitud de simpatía, benevolencia y confianza hacia los demás (Uslaner, 2002). Similar papel desempeñan los grandes conciertos u otros acontecimientos culturales con fines benéficos para socorrer a víctimas de catástrofes, epidemias o hambre.

Podemos observar también un renacimiento de grandes comunidades en torno a valores compartidos por personas de distintas profesiones y nacionalidades. Se trata de los nuevos movimientos sociales, tales como los movimientos ecologista, feminista, pacifista o anti-belicista. Estas «organizaciones puente» (Putnam, 1995) suelen constituir un campo ideal para tener la ocasión de familiarizarse con personas muy diferentes, y para vencer las reservas hacia lo desconocido.

La cooperación y el reparto internacional de trabajo, las inversiones en el extranjero, las estrategias de *out-sourcing* y *off-shoring* multiplican la interdependencia entre los socios y los cooperadores. Con el aumento de la competición en el mercado global, han aparecido reglas de comercio (de más o menos rigurosa aplicación) para combatir las malas prácticas, tales como el monopolio o el *dumping*.

La facilidad para comunicarnos y para viajar está reforzando la experiencia de contactos personales directos a escala global. Hay cada vez más reuniones entre las comunidades profesionales, científicas, artísticas, de los hombres de negocios, o de los deportistas, que van constituyendo fragmentos de una sociedad civil global en desarrollo.

Todas estas nuevas formas globales de contacto e interacción devuelven (al menos en parte) a las personas la sensación de intimidad y familiaridad con el mundo en que funcionan, que tal vez habían perdido. Además, la expansión del inglés como lengua franca, así como el frecuente trato con extranjeros, convierte a los extraños en vecinos, de modo que el inquietante mundo global pudiera irse convirtiendo, poco a poco, en una amistosa vecindad global. En consecuencia, cabe esperar que se esté reinstaurando el trato entre las personas y el esquema que antes prevalecía solamente en el mundo local de la vida cotidiana. En estas circunstancias, se recupera también la confianza en los demás y en el mundo que nos rodea.

Al mismo tiempo, observamos que, como reacción de defensa contra la Globalización, van renaciendo y fortaleciéndose comunidades locales, de carácter étnico, regional o religioso.



Al recuperar sus raíces, las personas se sienten más seguras y más dispuestas a abrirse al mundo. Al haberse asegurado una firme posición dentro de la colectividad local, se sienten más seguros y dispuestos a participar más activamente en la comunidad global y a confiar en los demás, incluso en personas desconocidas y lejanas. Según muchos analistas, el localismo restaurado es la otra cara de la globalidad. Las dos caras no se contradicen sino, al contrario, tal vez se refuerzan.

2.3. Algunas observaciones finales

Ante la creciente interdependencia y la mayor densidad de las redes de interacción, los contactos personales y la cooperación supranacional, la confianza se ha convertido, en todo caso, en un imperativo funcional de la sociedad global. El alcance de la influencia que tienen las personas e instituciones que afectan a nuestros intereses crece de forma desmedida, y por eso las relaciones que entablamos con ellas, dependen cada vez más de nuestra confianza. Con la profundización del proceso de interdependencia global ha crecido esta demanda de confianza, como una condición necesaria para la cooperación en todos los niveles (Misztal, 1996:269).

Hemos visto que el proceso de Globalización debilita varios factores que favorecen la constitución de una confianza social amplia y generalizada, lo que entorpece el cálculo y la evaluación de la fiabilidad de las personas, de las funciones sociales, de las organizaciones e instituciones, y obstruye la formación del clima de confianza y de la cultura de la confianza. Pero, al mismo tiempo, la Globalización crea los mecanismos de recuperación de la confianza a una escala más amplia y a un nivel más alto que la escala y nivel tradicionales, de confianza global.

Ante el inmenso progreso y alcance de los cambios en un mundo en proceso de Globalización, la confianza se hace particularmente necesaria. Cuando los sistemas sociales pasan por una transformación profunda y se destruyen las anteriores reglas, obligaciones y esquemas de relaciones tradicionales, se requiere el desarrollo de la confianza como sustrato de las relaciones sociales. Mientras van surgiendo, lentamente, los nuevos sistemas de valores de un mundo globalizado (tal vez volviendo a valores muy antiguos), la confianza se ha convertido en un elemento fundamental para salir del vacío estructural y normativo que parece formar parte, todavía, de ese mismo proceso de Globalización.

3. La confianza en la transición socio-política y económica de Polonia

En los años noventa del siglo pasado, Polonia realizó su gran transición desde el sistema comunista hacia una economía de mercado y una democracia liberal. Los procesos de formación de una democracia liberal, una economía de mercado y una sociedad plural con un tejido asocia-

tivo complejo que participaba en el espacio público, vinieron juntos y se reforzaron mutuamente. El impulso de la sociedad organizada en el movimiento Solidaridad y su presencia en el espacio público fueron decisivos para acabar con el régimen comunista y sustituirlo por una democracia, y para acabar con una economía centralizada y sustituirla por una economía de mercado.

El sindicato Solidaridad, un movimiento de masas cuyo organización y cuyo programa se oponían radicalmente al sistema imperante, contó con diez millones de simpatizantes, obreros, campesinos y miembros de la *intelligentsia*. Este movimiento de masas, surgido por primera vez en el bloque comunista, se enfrentó al Gobierno en nombre de la sociedad, de «nosotros, el pueblo». Al mismo tiempo, las instituciones del poder, el ejército, la policía, la administración y el Partido Comunista, se quedaron aisladas y perdieron la legitimidad. Podemos decir que el programa de la sociedad civil polaca fue no sólo una forma de resistencia masiva contra el sistema comunista, sino también una forma de aislamiento del Gobierno, sin el cual y contra el cual se autoorganizaba la sociedad.

Durante mucho tiempo, esta experiencia fue vivida con euforia, acrecentada por la sensación de inminencia del derrumbamiento del comunismo. La misma euforia hizo creer a la parte de Solidaridad más próxima el Gobierno de la transición, elegido en 1989, en la posibilidad de llevar a cabo una «terapia de choque» que convertiría la economía centralizada en una economía del mercado. La esperanza asociada a este momento de entusiasmo amortiguó, durante un tiempo, el efecto de la disminución de los salarios y de los subsidios sociales (Barlinska, 2006).

Pero la realidad de la vida cotidiana, las complicaciones de la vida política y los costes inmediatos del ajuste económico de la transición fueron terminando con ese entusiasmo, dado que la gente acabó haciendo balance de su situación, más con respecto a sus aspiraciones actuales que con respecto a los acontecimientos del pasado. Y así, en Polonia, después de dos años de democracia y de reforma económica, se pusieron de manifiesto el desánimo, la impaciencia, la frustración social y la desconfianza en el proceso de la transición.

Se demostró que la esperanza de que la transformación en un nuevo tipo de economía y sociedad se realizara inmediatamente o en muy poco tiempo, teniendo como protagonistas a los mismos actores sociales del periodo precedente, no era realista. Se produjo una alternancia entre el momento «heroico» de la lucha de la sociedad polaca contra el Estado comunista, que se había vivido en un estado de euforia, y el momento de ajustarse a la realidad, que se vivió con desconcierto.

El año glorioso de 1989, cuando el sindicato Solidaridad negoció con el Gobierno comunista una transición pacífica desde el sistema comunista hacia el sistema democrático, despertó grandes expectativas y aspiraciones de la sociedad. En la euforia de la victoria contra el régimen comunista, los estándares quedaron colocados muy altos: la transición iba a ser tranquila y rápida; las condiciones de vida iban a mejorar en seguida; las elites políticas elegidas democráticamente iban a incluir personas moralmente impecables; el Estado iba a actuar solamente en



el nombre del bien público, solamente para el beneficio de los ciudadanos. En realidad, obviamente, no podía ser ni fue tan perfecto. La brecha entre las expectativas y su realización provocó una gran frustración y, como resultado, siguió presente buena parte de la profunda desconfianza que había sido inculcada en la sociedad durante el *ancien régime* comunista.

El drama de Solidaridad fue que, por un lado, trajo unas reformas de la economía que eran necesarias pero, al mismo tiempo, tuvieron importantes costes sociales. Las reformas económicas suscitaban cambios en la estructura de la sociedad y diversas reacciones en los diferentes grupos y clases sociales de la sociedad. Entre otras, se profundizó el fenómeno de desconfianza hacia las autoridades que había existido, por razones obvias, durante el sistema comunista. La cultura de desconfianza fue así uno de los legados de los cuarenta años del régimen comunista que obstaculizaron la transición democrática. Veamos a continuación su repercusión en varias esferas de la vida socio-económica de Polonia en la década de los noventa.

3.1. Cambios económicos y desigualdades sociales

Después de la caída de comunismo en 1989, y llegado el momento de la transición, el primer Gobierno de Solidaridad, presidido por Tadeusz Mazowiecki, con Leszek Balcerowicz como ministro de Finanzas, se enfrentó con la hiperinflación (estimada en torno al 50% anual) y el colapso de la balanza de pagos. Respondieron con la política conocida como «terapia de choque», una reforma económica radical orientada a establecer las condiciones de un mercado libre y con la puesta en práctica de un ambicioso programa de privatización. El resultado fue, en conjunto, un notable éxito económico. Pero, por otro lado, aunque los datos mostraron progreso y crecimiento, apareció una curiosa paradoja: muchos polacos creyeron que su bienestar no había mejorado, y mostraron su descontento con el «Plan de Balcerowicz».

La caída de comunismo dejó a los polacos inseguros de sí mismos. Las tiendas estaban llenas de productos, pero poca gente podía permitirse comprarlos. El salario medio real en 1995 disminuyó con relación a 1989, y una tercera parte de la población se encontró viviendo por debajo del nivel de pobreza (Dereczynski, Falkowska, Gawronski y Wciorka, 2000:129-134). El desmantelamiento de la economía planificada y su sustitución por una economía de mercado dieron lugar a unos cambios percibidos como negativos, al menos en el corto y medio plazo, tales como el desempleo, un incremento sustancial de las diferencias de ingresos y el aumento del fenómeno de la exclusión social. La transformación del sistema económico trajo formas nuevas de desigualdad a unos polacos acostumbrados a un sistema de relativa igualdad de salarios. Se dio un proceso de polarización entre ricos y pobres (Zaborowski, 1995:91). La privatización y los cambios estructurales de las empresas estatales provocaron un incremento del desempleo hasta los niveles de en torno al 16% (Pankow y Ziolkowski, 2001:66). Mucha gente temió por su futuro y desconfió de los cambios en curso.

Además, en muchos casos, los miembros de la antigua nomenclatura del Partido Comunista pudieron aprovecharse de su influencia política para beneficiarse de la nueva economía de mercado y de la redistribución de la propiedad estatal en el proceso de la privatización. Este paso de los miembros de la antigua nomenclatura a los puestos de empresarios privados, definido como una convergencia del capital político y del capital económico, trajo como consecuencia una ola de desconfianza hacia el proceso de la privatización llevado a cabo por el Gobierno (Domanski, 1996:115).

La evaluación de las reformas del sistema es uno de los indicadores de la confianza de la población. Al cabo de los primeros cuatro años de la transición, solamente el 29% se declaró en favor de las reformas (*Central and Eastern Eurobarometer*, febrero de 1993). El 58% de los encuestados mostraba su descontento sobre la situación económica del país (GW de 22 febrero de 1994). El 55% no estaba satisfecho con la democracia (*Central and Eastern Eurobarometer*, febrero de 1993). Los encuestados veían sobre todo los cambios negativos: el 93% hablaba del crecimiento de la delincuencia; el 87%, de las desigualdades socio-económicas; el 57%, de las deficiencias del sistema sanitario y bienestar (GW de 17 junio de 1994).

Otro indicador de la confianza es la comparación de la situación socio-económica actual con la del pasado. Una vez más se vio que prevalecía una evaluación negativa. A la pregunta sobre las condiciones de su vida privada, el 53% consideró que eran peor que antes (GW de 17 junio de 1994). Tampoco se mostraban optimistas sobre el futuro: solamente el 20% confiaba en que la situación iba a mejorar; el 32% pensaba que iba a empeorar y el 36% que iba a mantenerse igual (GW de 17 abril de 1994).

La misma falta de confianza en la economía nacional se ponía también de manifiesto en los siguientes datos estadísticos. En la década de los noventa, los polacos no tenían confianza en las inversiones en moneda polaca (*zloty*): un 36% de sus ahorros fue depositados en monedas extranjeras, tales como dólares o marcos alemanes (GW de 3 abril de 1994). En general, la gente tenía más confianza en los productos extranjeros que acababan de aparecer en Polonia (alimentación, ropa, equipos técnicos o electrónicos, etc.), que en los productos polacos, que desde los tiempos de la economía comunista eran percibidos como de muy mala calidad. Es evidente que la población necesitaba tiempo para depositar confianza en la economía nacional.

Es comprensible que el inevitable coste del ajuste económico y social de la transición económica produjera descontento en una gran parte de la sociedad. Pero, por otro lado, las drásticas medidas de la estabilización tuvieron siempre un fuerte componente psicológico: significaban una ruptura clara y radical con el odiado pasado comunista. Sin embargo, la sociedad polaca tardó en cambiar los comportamientos que había adoptado durante el régimen comunista.



3.2. Residuos de las actitudes del pasado

Durante más de cuarenta y cinco años de comunismo se habían desarrollado ciertas actitudes en la vida cotidiana y la manera de pensar de los polacos. Parece interesante analizar cuál fue el impacto de esta herencia sobre el proceso de transición hacia un nuevo sistema político y, por otra parte, cómo las nuevas instituciones y reglas de la vida política y económica reforzaron las nuevas actitudes y orientaciones de la sociedad que vivió durante el período de la transición, en el que todavía quedaban restos de viejas ideologías y convicciones, pero en el que también aparecían nuevas maneras de pensar y de sentir.

Se podía suponer que la sociedad polaca aprovecharía su primera oportunidad de liberarse del dominio comunista rechazando inmediatamente todas las instituciones y, sobre todo, la ideología y la manera de pensar de los comunistas. Pero no fue así, y quedó claro que tanto las costumbres, los pensamientos y los sentimientos, la imaginación y las aspiraciones, como la percepción del mundo en general de los polacos, siguieron estando influidos y, en cierto modo, distorsionados por el sistema comunista en que la sociedad polaca vivió tantos años.

En este sentido, los estudios sociológicos cualitativos de los estilos de vida y las formas alternativas de vivir en Polonia pusieron de relieve la persistencia de seis actitudes heredadas por la sociedad polaca del período del comunismo (Lukasiewicz y Sicinski, 1992).

La primera fue la convicción popular de que la «unidad ideológica» de la sociedad polaca había sido al tiempo un hecho y un valor importante. La mayoría de la sociedad polaca era partidaria de la democracia, pero entendía ésta más como una democracia de consenso que como la interacción y la competición entre varios grupos, puntos de vista e ideas. Los efectos de esta actitud fueron claramente visibles en la vida política de la Polonia post-comunista, donde la mayoría de la sociedad polaca no aprobaba las disputas entre los partidos, y la gente incluso no entendía las diferencias entre los partidos ni se interesaba por sus programas.

El segundo rasgo, el «igualitarismo» básico, a menudo expresado en el dicho «todos tenemos los mismos estómagos», estuvo estrechamente relacionado con el tercero, el de una «actitud de reivindicación», es decir, de esperar y exigir del Estado que se preocupara y cumpliera con su obligación, que era, precisamente, la de satisfacer todas las necesidades de los ciudadanos. Los polacos exigían por una parte una eficiente economía de mercado libre que mejorase su estándar de vida y, por otra, la igualdad económica y la seguridad social comunistas.

La cuarta actitud estuvo relacionada con el papel particular que tenía el «puesto de trabajo fijo y estable», tal como solía ser en las empresas o en la administración estatales. En el comunismo, el puesto de trabajo garantizaba no sólo el salario sino también múltiples privilegios, que eran muy importantes en un país afectado por una escasez casi permanente de muchos productos, incluidos los de alimentación. El puesto de trabajo y el hogar, y no las asociaciones o las comunidades locales, eran percibidos como los centros más importantes de organización

de la vida cotidiana. Como las asociaciones y las comunidades locales estuvieron controlados por el Estado comunista, la sociedad polaca carecía de la costumbre de participar voluntariamente en ellos. Al caer el sistema comunista, en Polonia se vivió una explosión de las organizaciones no-gubernamentales, que comentaremos más adelante.

El quinto rasgo fue una especie de «apatía cívica» de la sociedad polaca, que se hizo mayor desde la imposición de la ley marcial en Polonia el 13 de diciembre de 1981, es decir, desde que las grandes aspiraciones y las energías cívicas de la sociedad polaca quedaron bloqueadas por el Gobierno comunista. La falta de esperanza y de interés por el futuro, junto con la necesidad de concentrarse en los problemas y las dificultades presentes, caracterizaron a la mayoría de la población polaca en el comienzo de la transición. La gente mayor a menudo veía alguna esperanza sólo en un distante futuro de sus hijos; la gente joven, con frecuencia, estaba únicamente interesada en emigrar (Stola, 2001). Esta falta de confianza en el futuro se expresaba en una falta de planes. La gente parecía preocupada por el momento inmediato. Algunos analistas llegaron a caracterizar la sociedad polaca como *waiting society*, una «sociedad a la espera» (Tarkowska, 1994:64-66), que se mostraba recitente a planificar y pensar sobre el futuro con una perspectiva del largo plazo.

Finalmente, hay que mencionar el sexto rasgo, un sentimiento de «desconfianza» hacia las autoridades y hacia los medios de comunicación. El sentimiento de desconfianza se había desarrollado durante muchos años de frustraciones y de falsas promesas ofrecidas por el sistema comunista, que luego nunca se cumplían. Según un estudio del año 1993 (*Central and Eastern Eurobarometer*, febrero de 1993), el 48% de la gente no confiaba en la televisión y el 40% desconfiaba de los periódicos.

3.3. Participación en la vida institucional y política

La causa de la apatía social y el abandono de la vida pública y política por parte de amplios sectores de la sociedad polaca en los primeros años de la transición se suele atribuir, sobre todo, a procesos de anomía social. Hemos mencionado la influencia de las experiencias de la población bajo el sistema comunista, y el agotamiento de la energía relacionada con el quehacer público, característico de largos periodos de ruptura y transformación social. Esa pasividad social, esa falta de participación del ciudadano en la vida social y política, constituyó una barrera social y cultural muy importante en el proceso de transformación. Una sociedad pasiva y desconfiada rechazaba las reformas y las percibía como un cambio ajeno e impuesto desde arriba. Así se daba una divergencia entre las iniciativas de las elites en el poder y los estamentos políticos, por un lado, y la sociedad, que se retiraba para dedicarse a sus asuntos particulares, por otro.

De esta forma, en los primeros años de la década de los noventa, al principio de la transición desde el sistema comunista hacia la democracia, se difundió la tesis de un «vacío social»



existente entre el nivel «macro» de los asuntos de la nación en cuanto comunidad, y el de los asuntos «micro», familiares y particulares, tal y como la había descrito un destacado sociólogo polaco, Stefan Nowak, refiriéndose precisamente a la época del comunismo (Nowak, 1979). La gente evitaba la participación en la vida pública, se escondía en la vida privada, entre los amigos, donde encontraba una confianza «horizontal» que compensaba su falta de la confianza «vertical», de las instituciones. Parece que algunos síntomas del exilio interno que caracterizó a una gran parte de la sociedad polaca durante el periodo del sistema comunista, continuaron así durante los primeros años de la transición.

En términos generales, una gran parte de la sociedad polaca se caracterizó por el síndrome de «la retirada de la política», o un rechazo a participar en los procedimientos democráticos. El 48% de los polacos no participó en las elecciones parlamentarias de 1993, por razones de desinterés por la política, aversión a las elites políticas, decepción por las promesas electorales nunca cumplidas, y rechazo al clima agresivo y conflictivo de la nueva vida política. El 69% de los polacos opinaba en 1994 que los conflictos políticos estaban causados por la inmadurez de los políticos y de los partidos.¹

Los sondeos sociológicos del año 1991 indicaron también que el nivel de la actividad política de la sociedad polaca era bajo. Sólo un 1,1% de los entrevistados declaró que pertenecía a un partido político. Además, sólo un 3% de los entrevistados percibía los partidos políticos existentes como organizaciones que representarían sus intereses. Sólo un 43% de quienes tenían derecho de voto se presentó a votar en las elecciones al parlamento en 1991. Durante ese mismo periodo, la mitad de la sociedad (51%) declaró poco o ningún interés en las elecciones (Siemienska, 1991).

Entre los motivos de desinterés que aducían los entrevistados encontramos la desilusión con las elecciones anteriores, con las promesas electorales incumplidas, con la percepción de ausencia de cambio en la política económica del Gobierno o de mejora visible en la situación personal, así como la referencia a defectos en el mismo procedimiento electoral, a un exceso en el número de los partidos, y a su extrañeza ante una campaña electoral «que no se entendía». Conviene recordar que fueron nada menos que 111 los «comités electorales» (el equivalente a partidos) que presentaron sus candidatos a las elecciones parlamentarias en 1991.

No menos característicos fueron los resultados de la auto-evaluación social de la participación en las urnas. Sólo una cuarta parte de la sociedad consideró que la poca participación en las elecciones dio muestra de la falta de responsabilidad del elector polaco. Casi el 60% creyó que esa abstención estaba justificada. Y aunque, al mismo tiempo, el 68% de los interrogados consideró que la participación en las elecciones sea un medio eficaz para presionar al Gobierno, sólo un 7% de los polacos expresó la necesidad de participar personalmente en la gestión pública, y un 86% dijo que lo que prefería sobre todo era ser bien gobernado.²

¹ Las encuestas fueron realizadas por el Centro de Investigación de Opinión Pública CBOS. (Varsovia, noviembre de 1994).

² Datos del informe basado en la encuesta electoral de 1991 realizada por el Centro de Investigación de la Opinión Pública OBOP (Varsovia, 1991).

Todos estos datos sugieren una falta de identificación de la sociedad polaca con su clase política del momento y parecen mostrar su distancia respecto al nuevo sistema político. Según ellos, los polacos serían políticamente pasivos y sus opiniones políticas no estarían formadas con claridad. De ahí que no hubiera partidos con militancia muy numerosa ni con un apoyo estable de masas en los comicios. Otro motivo clave de esa falta de opiniones políticas, aparte de factores económicos y atavismos históricos y culturales, podría ser la evaluación decididamente negativa que hacía la sociedad de las instituciones y los partidos políticos, de los políticos mismos y de la situación actual del país. Ese motivo aparecía en todos los sondeos, y cabe suponer que ese estado de pasividad política estaba íntimamente relacionado con el pesimismo y con la desconfianza que sentía la sociedad hacia sus elites e instituciones políticas.

En el ámbito público, las actividades individuales eran relativamente infrecuentes, y estaban consideradas como ineficaces. Aun así, en 1990-1992, aproximadamente un tercio de los polacos había participado alguna vez en su vida en actividades públicas con la intención de presionar a las autoridades. En su mayoría se trataba de huelgas (14%), firmas de cartas de protesta (14%), manifestaciones (10%) o acciones de la organización a la cual pertenecía el encuestado (9%)³. Vemos así que no se trataba de intervenciones puramente individuales, sino de actuaciones realizadas junto con otras personas. Predominaban las acciones de confrontación orientadas a exigir algo de las autoridades públicas. En realidad, algunos observadores pensaban que la Polonia de los principios de los años noventa se situaba entre los países más contenciosos del mundo. Según los cálculos de Ekiert y Kubik, hubo 306 acciones de protesta en 1990; 292 en 1991; 314 en 1992; y 250 en 1993. El número de obreros en huelga se dobló entre 1990 y 1991 desde 115.687 hasta 221.547 (Ekiert y Kubik, 1997:17-21).

Al parecer, la actitud relativamente pasiva de las personas individuales con respecto a la actividad social estaba relacionada, entre otras cosas, con la convicción de la mayoría de los polacos de que no tenían ninguna influencia en los asuntos del país (91% de los declarantes), ni en los asuntos locales (79%), ni en su lugar de trabajo (60% de las personas con empleo)⁴.

De los datos citados, relativos a los primeros años de la transición socio-política en Polonia, se desprende el cuadro de una sociedad apática, pasiva y desilusionada, que no estaba muy dispuesta a «tomar sus asuntos en sus propias manos». Por lo general, la gente no sabía ejercer sus derechos para influir en el funcionamiento de las instituciones democráticas. Cabe suponer que el factor decisivo de esa carencia era el número insuficiente de estructuras democráticas, su mal funcionamiento y la falta de costumbre y confianza para mantener el diálogo civil con las instituciones del estado. Era justamente en este campo donde se encontraban tanto las grandes carencias como las grandes posibilidades de cambio de la vida política en el país. La baja participación era uno de los síntomas de la falta de confianza en las instituciones del Estado, y era justamente una de aquellas carencias.

³ El informe *Sobre asuntos corrientes* fue realizado por el Centro de Investigación de la Opinión Pública. OBOP (1992): *O sprawach bieżących. Raport z badan*. Varsovia.

⁴ Resultados del sondeo del Centro de Investigación de Opinión Pública bajo el título *Opinión pública sobre diputados, consejeros y políticos*. CBOS (1991): *Opinia publiczna o poslach, radnych i politykach. Komunikat z badan*. Varsovia.



3.4. El desarrollo del tejido asociativo y la formación de un tercer sector

En ese contexto, cabe considerar como otro síntoma de la desconfianza en las instituciones estatales el crecimiento, sorprendente, de las organizaciones alternativas que tuvo lugar en el periodo de la transición en Polonia. En efecto, con el paso de tiempo, se observó una creciente actividad social dentro del marco de las organizaciones no-gubernamentales y las comunidades locales. Durante la época comunista, el Estado asumía numerosas funciones sociales, cumpliéndolas muchas veces de forma ficticia, o dando prestaciones escasas y de muy baja calidad. Como parte de la transformación democrática, el Estado se había ido inhibiendo de muchas de ellas. Entretanto, aparecieron nuevos desafíos, tales como el desempleo, o los fenómenos de la pobreza y la carencia de vivienda. Ante esa situación, las organizaciones no-gubernamentales polacas, no obstante sus escasos recursos y su falta de experiencia, asumieron muchas funciones de asistencia social abandonadas por el estado, sustituyendo, completando o apoyando la labor de las instituciones públicas. Fueron particularmente dinámicas en el campo de las actividades caritativas o cooperativas, colaborando de forma especial en la autodefensa de determinados grupos sociales, proponiendo métodos y conceptos alternativos para satisfacer distintas clases de necesidades sociales, y siendo con frecuencia las únicas instituciones capaces de resolver problemas sociales concretos. Al aprender a aprovechar mejor los medios y los recursos y a reducir los costes de algunas prestaciones, se fueron convirtiendo en organizaciones relevantes de bienestar social, aunque de alcance limitado (Golinowska, 1994).

Durante la etapa comunista en Polonia, todas las actividades sociales se desarrollaban bajo el control y por concesión del Gobierno. Sólo ciertos círculos locales o parroquiales y movimientos sociales relacionados con la Iglesia Católica, así como algunos ámbitos de cultura alternativa, pudieron mantener una relativa independencia del Gobierno. Las actividades civiles independientes se multiplicaron durante los años 1980 y 1981, cuando apareció, y mientras pudo funcionar legalmente, el sindicato Solidaridad como un movimiento social a escala nacional, hasta que el Gobierno impuso el estado de sitio el 13 de diciembre de 1981. Luego, durante la década de los años ochenta, la actividad civil independiente volvió a ser, sobre todo, una actividad clandestina de oposición política. Con los cambios políticos que tuvieron lugar en 1989, aumentó el número de las ONGs, acompañados por cambios legislativos que tuvieron un efecto sustancial sobre el desarrollo del tercer sector en Polonia. Sobre todo lo tuvo la formación de los mecanismos del mercado, la libertad de gestión empresarial, el reglamento de licitación pública, las reformas autonómicas y de la administración regional, y las reformas de la política social, educativa y cultural.

El período de desarrollo más dinámico de las fundaciones y asociaciones en Polonia corresponde a los años 1989-1992. Y así, mientras que hasta el año 1989 sólo se habían registrado 277 fundaciones, en 1990 se registraron 597; en 1991, 1.078; y en 1992, 1.332 (Sicinski, 1996). Según el Banco de Información sobre las Organizaciones No-gubernamentales *Klon/Jawor*, el número de las ONGs que funcionaron efectivamente en Polonia al final de 1994, fue 47.000 ONGs (incluidas 5.230 fundaciones), 12.000 de las cuales eran ramas regionales de asociaciones con personalidad jurídica de carácter nacional (Jawor, 1995).

Otro aspecto interesante del sector fue la amplitud del abanico de actividades de las ONGs en Polonia. El 38%, o sea la mayoría de esas organizaciones, se dedicaba principalmente a la formación de la conciencia social mediante acciones educativas y formativas. Luego venían las ONGs dedicadas a los temas clásicos del bienestar social: un 29% a la asistencia social; un 28% a la asistencia médica y a la rehabilitación; un 20% a la familia y a la infancia. Los otros principales campos de actividad correspondían: un 20% a la cultura y el arte; un 14% a la ecología y la protección del medio ambiente; un 12% al desarrollo regional y local; un 11% al deporte y la recreación; un 10% a los derechos humanos; y otro 10% a la educación y a la formación técnica (Wyganski, 1995).

El tercer sector en Polonia fue madurando a través de un proceso de autoeducación, así como gracias a la influencia y la ayuda de sus colaboradores occidentales. Los cambios en este terreno encontraron dos tipos de resistencia. En primer lugar, resultaba sumamente difícil abandonar el hábito de emprender acciones de protesta y oposición, que eran relativamente sencillas y para las cuales no se necesitaba oficio o formación profesional. Las nuevas actividades debían desarrollarse en una nueva situación de libertad política, en la que, además, la actitud de las elites administrativas y políticas hacia el tercer sector era en general negativa, y en la que la confianza en las autoridades del Estado y en la clase política era aún bastante bajo (tal y como lo demuestran los sondeos de opinión pública de aquella época mencionados anteriormente). Debido a esos fenómenos, los cambios en las formas de actuar de las ONGs se produjeron en cierto modo fuera del espacio de contacto directo con la clase política. En términos generales, la clase política polaca no comprendió bien o no dio gran importancia al papel que desempeña el sector independiente no gubernamental en un país democrático, y o bien intentaba controlarlo o bien no se interesaba en él. En los años noventa, no existió en Polonia ninguna pauta de colaboración entre la administración estatal y el tercer sector. Los estudios sobre el tercer sector polaco muestran como la característica dominante de las relaciones entre las ONGs y la administración central fue la ausencia de contactos y la falta de una voluntad por mantenerlos.⁵ Parece como si todavía siguieran vivas las tradiciones del pasado comunista, cuando la clase política despreciaba o no hacía caso a la sociedad. Pero, por otra parte, sucedió también que, durante este período de transformación del sistema, cuyos rasgos característicos fue la debilidad de las instituciones democráticas, las ONGs, con sus formas cívicas de actuación parecieron ser, a menudo, menos eficaces para conseguir los objetivos particulares de un grupo, que las operaciones populistas de protesta *ad hoc* y que estuvieron menos organizados.

⁵ Nos referimos sobre todo a los informes del Banco de Información sobre Organizaciones No-Gubernamentales *Jawor* (1995).



3.5. Hacia la recuperación de la confianza

Podemos concluir que entre las razones por las cuales en la Polonia de los primeros años de la transición no se desarrollaron unas actividades participativas ampliamente efectivas, cabe quizá destacar el factor de la tradición institucional y cultural, y de la memoria colectiva, que eran el legado de los largos años de un sistema socialista que dejó una sociedad polaca pasiva y desconfiada. Los polacos tenían que neutralizar las experiencias y observaciones negativas que empañaban la imagen de los dirigentes políticos, tenían que superar la sensación de no tener influencia sobre su propio destino ni el de la sociedad, el recuerdo de su fracaso en los anteriores intentos de incorporarse a la actividad pública y de su falta de habilidad y de visión para planificar su propia vida, y su propio sentimiento de confusión respecto a las normas, las instituciones e incluso la información disponible, así como otras experiencias negativas en el escenario de la vida pública. Ante percepciones tan negativas de la situación y del medio en el que operaba, la reacción de mucha gente solió tomar la forma de una crítica total, de una tendencia a la queja y quizá a una proyección de culpa sobre los demás y sobre las condiciones exteriores adversas, así como a proponer recetas milagrosas, muchas veces irracionales, sin asumir la responsabilidad ni el riesgo de su comprobación por su aplicación en la práctica.

La herencia cultural y las taras del comunismo, con el concepto de trabajo social devaluado, y erosionados los vínculos entre los ciudadanos, el Estado y la ley, en un medio donde había cundido el síndrome del *homo sovieticus* y las antiguas estructuras pseudo-integracionistas, fueron probablemente la causa principal de que el nivel de consciencia civil de los polacos fuera bastante bajo, y de que fuera también muy bajo el nivel de autoconfianza de la sociedad. En efecto, a la sociedad polaca le faltaba fe en la efectividad de sus acciones civiles. La evaluación muy negativa del escenario político agravaba aún más esa situación de falta de fe. Esa evaluación se hizo extensiva a todo el quehacer público, incluida la esfera social de las actividades civiles.

Hemos observado que debido a la falta de tradiciones y habilidades civiles y democráticas, la falta de experiencia organizativa, y una desconfianza generalizada, las nuevas instituciones democráticas en Polonia pasaron por muchas dificultades en su funcionamiento en los primeros años de la transición hacia el sistema democrático. La alta desconfianza en las instituciones estatales y en la situación interna de Polonia, contrastó con unos niveles altos de confianza en la Unión Europea: el 49% de los encuestados estaba muy bien informado sobre el Tratado de Integración; el 48% evaluó muy positivamente la Unión Europea y sus actividades; un número elevado del 80% estaba en favor de la futura integración de Polonia; y hasta el 43% optó por una integración inmediata (*Central and Eastern Eurobarometer*, febrero de 1993). No sorprende que la sociedad polaca, decepcionada por las dificultades de los primeros años de la transición, depositara su confianza en las instituciones de la Europa Occidental, que para muchos fue un símbolo de la democracia y de la prosperidad económica.

3.6. Algunas conclusiones

Como es bien sabido, cuando los sistemas sociales pasan por una transformación profunda, se destruyen las reglas anteriores y aparecen la inseguridad y la desconfianza. Hemos visto que, tanto en el proceso de la Globalización como en la transición socio-política, la gente pierde la sensación de seguridad, estabilidad y continuidad en su vida. Las situaciones obvias a las cuales la gente está acostumbrada se vuelven imprevisibles, y aparecen unas circunstancias nuevas y desconcertantes que, en consecuencia, crean la desconfianza y la inseguridad. Sin embargo, con el paso de tiempo, en este vacío estructural y normativo, se desarrollan nuevos sistemas de valores y la confianza reaparece como el sustrato indispensable de las relaciones sociales.

En efecto, hemos visto cómo la Globalización, al provocar erosión de confianza, crea al mismo tiempo nuevos mecanismos que dan comienzo a su reconstrucción. Por su parte, en el caso de los países post-comunistas, las transformaciones estructurales que acompañaron la transición proporcionaron las condiciones para el desarrollo de la confianza y dieron un impulso para crear los mecanismos de recuperación de la cultura de confianza. En efecto, al pasar los primeros y turbulentos años de la transición hacia el sistema democrático y la economía de mercado, se pudo observar una creciente satisfacción de la gente con su situación. La integración en la Unión Europea, la estabilización del panorama político, el crecimiento económico y la disminución del desempleo, contribuyeron al restablecimiento de la confianza de la sociedad en sí misma y, como resultado, al aumento de su confianza en las instituciones del estado, en la economía y sobre todo en su futuro. Así, con el paso de tiempo las sociedades post-comunistas fueron consiguiendo establecer las cinco condiciones que favorecen el desarrollo del clima de confianza: 1) la transparencia de la vida pública; 2) la familiaridad con el ambiente donde transcurre la vida social en todos sus ámbitos; 3) la coherencia del sistema de normas y valores; 4) la seguridad de que todos observarán las mismas reglas; y 5) la estabilidad de unas instituciones, unas organizaciones y unas estructuras sociales que se han ido demostrando viables.

4. Bibliografía

- ALBROW, Martin (1996): *The Global Age*. Cambridge, Polity Press.
- BARLINSKA, Izabela (2006): *La sociedad civil en Polonia y «Solidaridad»*. Madrid, CIS Colecciones de Monografías.
- CBOS: CENTRUM BADANIA OPINI SPOLECZNEJ [Centro de Investigación de Opinión Pública]. Varsovia, varias encuestas:
 - (1991): *Opinia publiczna o poslach, radnych i politykach. Komunikat z badan* [«Opinión social sobre los diputados, consejeros y políticos. Informe sobre la investigación»].



- (1992): *O sprawach bieżących. Raport z badan* [«Sobre los asuntos corrientes. Informe sobre la investigación»].
- (1994): *Polish Public Opinion Bulletin*.
- CENTRAL AND EASTERN EUROBAROMETER (1993). Bruselas, Publicaciones de la Comisión de las Comunidades Europeas.
- DERECZYŃSKI, Włodzimierz; FALKOWSKA, Macieja; GAWRONSKI, Marek y WCIORKA, Bogna (2000): «Warunki życia» [«Las condiciones de vida»]; en ZAGORSKI, K. y STRZESZEWSKI, Michał, eds.: *Nowa rzeczywistość. Oceny i opinie 1989-1999* [«La Nueva realidad. Las evaluaciones y las opiniones 1989-1999»]. Varsovia, Dialog.
- DOMANSKI, Henryk (1996): *Na progu konwergencji. Stratyfikacja społeczna w krajach Europy Środkowo-Wschodniej* [«En el umbral de la convergencia. La estatificación social en los países de la Europa Central»]. Varsovia, IFiS PAN.
- EKIERT, Grzegorz y KUBIK, Jan (1997): «Collectiv Protest and Democratic Consolidation in Poland 1989-93»; en SZELENY, A. y SULEIMANN, E., eds.: *New Papers on Central Eastern European Reforms and Regionalism* (3).
- FUKUYAMA, Francis (1997): *Zaufanie: kapitał społeczny a droga do dobrobytu* [«Confianza: capital social y el camino hacia prosperidad»]. Varsovia, PWN.
- *GAZETA WYBORCZA* [«El periódico polaco»].
- GOLINOWSKA, S. (1994): «Development of the Third Sector in Social Sphere During Transition»; en *Polish Sociological Review* (4).
- *Jawor 94/95. Informator o organizacjach pozarządowych w Polsce* [«Guía de las organizaciones non-gubernamentales en Polonia»] (1995). Varsovia, Fundusz Współpracy, Program Dialog Społeczny NGOs.
- LUKASIEWICZ, Piotr y SICIŃSKI, Andrzej (1992): «Attitudes on Everyday Life in the Emerging Postsocialist Society»; en Walter CONNOR, D. y PLOSZAJSKI, Piotr, eds.: *Escape from Socialism*. Varsovia, IFiS PAN.
- MISZTAL, Barbara (1996): *Trust in Modern Societies*. Cambridge, Polity Press.
- NOWAK, Stefan (1979): «System wartości społeczeństwa polskiego» [«El sistema de valores de la sociedad polaca»]; en *Studia Socjologiczne* (4).

- PANKOW, Julian y ZIOLKOWSKI, Marek (2001): «Przemiany w sferze gospodarczej» [«Los cambios en la esfera económica»]; en WNUK-LIPINSKI, E. y ZIOLKOWSKI, M., eds.: *Pierwsza dekada niepodleglosci. Proba socjologicanej syntezy* [«La primera década de la independencia. Una prueba de la síntesis sociológica»]. Varsovia, ISP PAN.
- PUTNAM, Robert D. (1995): «Bowling alone: America's Declining Social Capital»; en *Jorunal of Democracy* (6).
- SIEMIENSKA, Renata (1991): *Problemy demokracji w Europie Wschodniej* [«Problemas de la democracia en la Europa del Este»]. Varsovia, OBOP.
- STOLA, Dariusz (2000): *Emigracja* [«Emigración»]. Varsovia, Oficyna Wydawnicza.
- SZTOMPKA, Piotr (2004): «The trauma of social change»; en ALEXANDER, J.; EYERMAN, R.; GIESEN, B.; SMELSER, N. y SZTOMPKA, P.: *Cultural Trauma and Collective Identity*. Berkeley, California University Press; pp.155-197.
- (2007): *Zaufanie. Fundament spoleczenstwa* [«Confianza. El fundamento de la sociedad»] Cracovia, Znak.
- TARKOWSKA, Elzbieta (1994): «A Waiting Society: The Temporal Dimension of Transformation in Poland»; en FLIS, A. y SEEL, P., eds.: *Social Time and Temporality*. Cracovia, Instituto Goethe; pp.57-71.
- TOMLINSON, John (1999): *Globalization and Culture*. Cambridge, Polity Press.
- URRY, John (2003): *Global complexity*. Cambridge, Polity Press.
- USLANER, Eric M. (2002): *The Moral Foundations of Trust*. Cambridge, Cambridge University Press.
- WYGNANSKI, J. J. (1995): *Czym jest Trzeci Sektor w Polsce?* [«¿Qué es el tercer Sector en Polonia?»]. Presentación para el seminario *La construcción de la sociedad civil: el papel de las organizaciones no-gubernamentales en Polonia*, organizado por el Senado de la República de Polonia. Varsovia, Senat.
- ZABOROWSKI, W. (1995): *Orientacje egalitarne w spoleczenstwie polskim w latach 1988-1993* [«Las orientaciones igualitarias en la sociedad polaca en los años 1988-1993»]. Varsovia, IFIS PAN.